

MI HERMANO RAFAEL

ALEJANDRO FERNÁNDEZ POMBO
Correspondiente

Los que nos conocéis sabéis que Rafael y yo, hermanos únicos, con escasa diferencia de edad, habíamos compartido juegos, estudios, aficiones, ideas e ilusiones. Entre esas cosas comunes estaba la Academia que hoy le está honrando con tan hermoso homenaje. Es más, en esta comunidad de afectos de que os hablo, la Academia fue incluso físicamente lugar de encuentro. Él llegaba de La Puebla o de Mora, yo acudía desde Madrid y aquí nos sentábamos juntos en este impresionante pero acogedor Salón de Mesa, y antes de comenzar el acto mientras llegaba la hora de los discursos, hablábamos de nuestras cosas -libros y olivares, papeles y viñas, caminos y afectos-, volviendo a nuestros días infantiles y juveniles de permanente convivencia.

Coincidíamos en muchas cosas, pero éramos totalmente distintos en algo: él era el poeta. Dios le había dado el don de saber jugar con las palabras para hacer poesía. Y por si fuera poco supo decir esos versos de manera espléndida. Fue trovador y a la vez jugador. En eso éramos distintos, porque él era la poesía y yo la prosa. Porque yo estaba obligado a informar de la realidad de cada día y él creaba mundos de ilusión y de belleza. Distintos, pero complementarios. Porque era él el que sabía escribir y recitar sus poesías y yo el que sabía oírle.

Por eso cuando Dios quiso ponerle a prueba, Rafael se quedó

sin voz y era como si hubiera caído un manto de silencio sobre todos los que le queríamos. Yo os aseguro que en los últimos meses de su vida, cuando no podía hablar, nuestra casa de Mora parecía como vacía. Como si la hiedra y la piedra, y la cerámica talaverana, y los faroles del patio, hasta entonces hubieran tenido voz y de pronto la hubieran perdido, en un atardecer en que los gorriones que volaban alrededor de la vecina torre de la iglesia, también se quedaron silenciosos.

El había dicho:

“Quiero escuchar los pájaros del día
 en el alero tibio de mi patio;
 Quiero un grillo escondido en los trigales,
 quiero un perro que ladre sin motivo”.

Y sin embargo, nosotros -los suyos- lo que queríamos era oír su voz... Y ahora, hoy, nos conformamos con tener, al menos, su silencio.

Pero Rafael, que como maestro de escuela -siempre quiso llamarse así y nunca profesor de EGB- había examinado a tantos chicos, aprobó el ejercicio de amor y aceptación cuando fue examinado de amor en ese atardecer de que hablaba San Juan de la Cruz, su poeta tan amado.

Y su examen, que tuvo que ser necesariamente escrito, fueron aquellos versos sobre el dolor que todos vosotros conocéis, que han sido difundidos como nunca fueron sus poesías y que me enseñó, ya que no pudo leérmelo, la última vez que le vi en pie. “Que gran cosa es el dolor”, decía en la última línea. Y había puesto al principio y al final del verso un doble signo de admiración, porque era doble su dolor y su aceptación.

El había escrito también hablando de sí mismo:

“Miedo le da que, al fin, cuando anochezca
 le sorprenda la muerte en otra alcoba”

Pero cuando la muerte le llegó aquí en Toledo, ya tenía la escala preparada para alcanzar la séptima morada donde ahora está junto al Señor.

Perdonadme si he sido menos breve de lo que quería y debía. Ya sólo queda daros las gracias. Lo hago en nombre de Carmen, su esposa y compañera, que podía haberlo hecho personalmente, pero que habría pasado un rato aún peor, que el buen y mal momento que yo se que está pasando. Un largo momento de los meses transcurridos desde que se cumplió el anuncio del verso que le dedicó una vez a Carmen: “Yo soy después de tanto, una gota de agua/ que ha de beber, ansiosa, la tierra cualquier día”.

En nombre de Carmen y en el mío -y en el de los míos y los suyos- gracias por este homenaje. Hoy se puede decir lo que él dijo, en semejante circunstancia, de don Clemente:

“El surco de su afán se quedó abierto:
Toledo sabe que el poeta ha muerto”.

Y junto a la gratitud, una personal promesa: la de honrar y servir a esta Academia con la honrosa servidumbre de llevar los mismos apellidos de Rafael Fernández Pombo.

Queridos amigos, muchas gracias.